

JORDI MESTRE

# Paraguas en llamas

*Diarios, apuntes y otras distorsiones  
de la realidad (2005-2014)*

Prólogo de ENRIQUE VILA-MATAS

Edición de JULIÁN LACALLE

## UNA AMISTAD EN LA RED

Enrique Vila-Matas

ME ACUERDO DE CUANDO en los últimos meses de 2006 empecé a visitar, con cierta ansiedad y frecuencia, *Paraguas en llamas*, blog literario de una exquisita inteligencia narrativa, indisociable de su gran sentido del humor. Era un blog que firmaba un tal Jordi, pero en el que no constaban más datos personales; ningún apellido, y solo la foto de un niño que llevaba puesta una gorra de marinero y que al principio pensé que era el anónimo Jordi en un momento de su infancia, hasta que un buen día descubrí, con sorpresa (porque ya me había acostumbrado a la idea de que aquel niño era él), que se trataba en realidad del pequeño Alexei Románov, el único varón del zar Nicolás II de Rusia.

Debajo de aquella foto rusa, siempre había podido leerse: «¿Datos personales? Básicamente uno: que nunca entiende nada». Y bueno, como no hacía demasiado que había yo publicado en Chile un libro titulado *Aunque no entendamos nada*, el hecho de que el anónimo Jordi afirmara que nunca entendía nada colaboraba a que yo viera su blog con una constante, inquebrantable simpatía. Eso hacía que, por lo general, fuera una pequeña gran fiesta visitar aquel diario y reencontrarme con aquel epígrafe ruso —una posible conexión con el pequeño Románov— que encabezaba los textos: «Ya sé que estos recuerdos no son alegres ni significativos, pero no tengo otros». (*Diario de un hombre superfluo*, Iván S. Turguénev).

Todo allí había que leerlo en clave de humor británico, quizás porque todo cuanto escribía el anónimo Jordi parecía coincidir plenamente con el gran Coleridge cuando, al reflexionar sobre Laurence Sterne, decía que el humor consistía en cierta referencia a lo general y lo universal, mediante el cual lo finito y grande se equiparaba a lo pequeño, o lo pequeño a lo finito y grande, de tal modo que ambos quedaban en la nada en comparación con lo infinito. En otras palabras —venía a decir Coleridge—, convertimos lo pequeño en grande, y lo grande en pequeño para poder destruir ambos conceptos, pues en el fondo todo da igual en comparación con lo infinito.

Y en fin, no me he olvidado de que vi surgir por primera vez la grandeza del humor infinito de Jordi en *Rodrigo*, un texto de octubre de 2006 que me dejó impresionado, y que aún hoy me impresiona, aunque si ahora me conmueve es por lo que tenía de premonición trágica. Y tampoco me he olvidado de otro de aquellos textos de primera hora, aquel en el que se insinuaba la existencia de un supuesto secreto barcelonés cuyo epicentro se hallaría en el paseo de Gracia y del que él habría empezado a tener cierta información el día en que vio en esa gran avenida de la ciudad al celeberrimo John Gielgud, aquel veterano actor shakesperiano que casi siempre interpretaba el papel de mayordomo en todo tipo de películas. Al parecer, desconfió de lo que acababa de ver porque, unos meses antes, había creído ver a Patricia Highsmith en el aeropuerto de Heathrow en Londres y, al contárselo a un amigo, este había tenido que explicarle que hacía ya años que había muerto la escritora. Pero dejemos que el propio Jordi complete aquí la historia: «No, no os adelantéis a la anécdota: no es que Gielgud estuviera ya muerto. No, qué va. Cuando le vi, aún vivía. Lo curioso del caso es que, al día siguiente, los periódicos publicaron la noticia de su muerte, a miles de kilómetros de Barcelona, tras una larga y penosa enfermedad que le había mantenido postrado en cama desde hacía meses. También de este caso extraje mi conclusión:

los viejos actores shakesperianos pasean por el paseo de Gracia poco antes de morir».

El caso más flagrante, por cierto, de ese secreto barcelonés que algunos dicen que es ya un secreto a voces, tiene un nombre y un apellido, George Sanders, el actor de Hollywood al que se le vio en bares del paseo de Gracia el día anterior a su shakesperiano suicidio en Castelldefels, donde dejó una nota de despedida digna de todo un Hamlet.

Pero hay muchos otros casos de fantasmas hollywoodienses del paseo de Gracia, lo que a veces nos plantea un dilema moral: ¿deberíamos pensar más en los pobres actores shakesperianos que tuvieron la delicadeza de pasar por Barcelona antes de despedirse de la vida, o bien deberíamos pensar más en lo mucho que, por culpa de la obscena afluencia de turistas, se ha degradado el paseo en los últimos tiempos?

Dejo aquí a cada loco o lector con su tema o dilema para pasar a decir que la historia de mi amistad con Jordi Mestre —supe su apellido cuando un día, de pronto, me escribió; se decidió a hacerlo como respuesta a algunos mensajes que había yo dejado en su casillero de comentarios a *Paraguas en llamas*— estuvo siempre bajo el signo de los nuevos tiempos, fue siempre una relación afectiva que podríamos llamar «moderna», una amistad que se produjo exclusivamente en el ámbito de la Red, una amistad en la que no llegué yo nunca a saber por qué ocultaba él su imagen como si fuera Salinger, pues por no permitir no permitía siquiera que supiera yo ni tan solo cuál era su profesión. Y yo quería saberla. Un día, me pareció descubrir que los lunes por la mañana no trabajaba y se lo comenté en uno de mis correos, y la respuesta que recibí fue sepulcral, un silencio absoluto, como si le hubiera horrorizado notar mi aliento en su nuca.

Sin que esto me preocupara demasiado —todo lo contrario: aumentó mi interés por su enigma—, yo seguí leyéndole fascinado por su talento, próximo a veces —me decía a veces yo— al del gran



## PARAGUAS EN LLAMAS

*Cuarenta observaciones a modo  
de introducción*

1. De pequeño viví un tiempo en un enorme hospital que, y eso me impresionaba mucho porque acababa de ver *El coloso en llamas*, tenía 19 pisos. Yo vivía en el decimotercero. Una noche, aburrido de ver la televisión en la sala de enfermos, decidí pasear por el edificio y empecé a subir las escaleras. Hasta el piso 17 residían otros pacientes víctimas de otras enfermedades, pero los dos últimos, el 18 y el 19, quedaban absolutamente vacíos durante la noche y completamente a oscuras. Vagué por sus largos pasillos con toda la tranquilidad del mundo. Pienso ahora que si me hubiera encontrado con alguien de repente, es posible que le hubiera dado un susto morrocotudo —qué gran palabra—, porque entre la oscuridad, mi escasa estatura y la larga bata de enfermo que las normas hospitalarias me obligaban a lucir, mi aspecto debía de tener algo de diabólico. Pero no me crucé con nadie durante mi extraño paseo, abriendo puertas e inspeccionando salas y despachos al azar.

Me acordé de esta historia de mi infancia hace unos días cuando, mientras veía por televisión una película de miedo, se fue la luz y me quedé a oscuras y tuve que buscar infructuosamente una vela y cerillas en la cocina, y oí aullar a un perro lejano y unos pasos nerviosos moviéndose en el piso de arriba y sentí cómo mi corazón latía cada vez más rápido y pensé adónde cojones había

ido a parar la valentía de mi infancia y por qué me había convertido en un estúpido hombre maduro que se asusta por todo.

2. Aunque, claro, quizá aquella historia del hospital no ocurrió exactamente así. Dijo el padre de Borges que nuestros recuerdos son de la última vez que los contamos. Así que quizá esa historia no sea exacta, sino que la he falseado mientras la contaba y quizá aquel día en el piso 19 del hospital estaba tan asustado como hace unos días mientras buscaba una vela y una cerilla. Y quizá siempre haya sido un cobarde.

3. Yo reflexiono mucho sobre cosas así y es posible que no debiera hacerlo, porque la gente suele mirarme como un bicho raro. Un día, por ejemplo, andaba con una amiga por la calle y noté que mi teléfono móvil vibraba en mi bolsillo. Lo rescaté para ver quién me llamaba. La muchacha me miró sorprendida y comentó:

—No te imaginaba con móvil.

—¿Por qué?

—Ah, no sé. Como eres así.

¿Qué quería decir? ¿Soy cómo? ¿Por qué yo no puedo tener móvil?

4. Pues sí, anuncio que tengo móvil y que además soy muy feliz con él, porque me permite vivir algunas situaciones absurdas, que son las que me hacen sentir vivo. Por ejemplo, la historia de Nico, a quien no conozco, pero es alguien que posee un número de teléfono muy similar al mío, o quizá sea alguien tan estúpido como para haberse equivocado al comunicárselo a sus amistades, puesto que les dio el mío y no el suyo. Lo cierto es que suelo recibir llamadas preguntando por Nico. Al principio respondía con educación y,

lógicamente, les decía que se habían equivocado. Pero al final me cansé y, cuando llaman preguntando por Nico, pongo voz grave y digo:

—Lo siento. Nico falleció anoche. Sus sufrimientos han terminado —y entonces cuelgo.

Cada vez recibo menos llamadas preguntando por Nico. Imagino que sus amigos habrán averiguado poco a poco cuál es su número verdadero. Y también imagino a uno de ellos pensando que Nico falleció realmente y me gustaría saber qué cara pondrá cuando, algún día, se lo encuentre de cara por la calle.

Pues sí, tengo móvil y en realidad es para cosas así.

5. Les decía antes de este inciso sobre los móviles que yo reflexiono mucho y que por eso la gente me mira como un bicho raro. Mis reflexiones siempre nacen de mi inmenso poder de observación. Sí, tengo un grandioso poder de observación, y eso me permite ver cosas que la mayoría de la gente no ve, pero también me obliga a pensar mucho en ellas. Pondré un ejemplo que entenderán fácilmente.

¿Suelen ustedes ver muchos accidentes de tráfico? Yo no, los normales cuando uno vive en una gran ciudad. Pero admito que soy muy morbosos y que suelo quedarme a ver qué sucede. Normalmente, todo sigue un patrón. Imaginemos que un motociclista ha chocado con un coche y ha quedado tumbado en el pavimento. Si se fijan bien la próxima vez que presencien un accidente, verán que el conductor del automóvil intenta convencer a todo el mundo de que la moto se le ha echado encima —lo cual suele ser verdad— y luego trata de interesarse por el motociclista, al que asisten una señora de cierta edad y un repartidor que ha abandonado su furgoneta casi en medio de la calle, lo que obstaculiza el tráfico. En las aceras empieza a agolparse la multitud, que observa la escena sin intervenir. En los balcones próximos siempre hay al menos una anciana con una bata rosa atisbando entre las persianas semiabier-



tas. A lo lejos empiezan a oírse las sirenas y la primera en llegar es la Policía Nacional, después la ambulancia y luego la Guardia Urbana. Pero antes de que se presente la ambulancia, ha llegado corriendo un señor que dice ser médico, que lleva un maletín y que atiende a la víctima.

Bueno, sí, eso es lo que sucede normalmente, pensarán. Sí, pero si se fijan bien, verán que el señor que dice ser médico es siempre el mismo. El mismo, sí. Yo me he fijado. No sé cómo consigue estar siempre cerca de los accidentes, pero no puede ser una coincidencia.

Todo tiene un sentido, eso lo intuyo gracias a mi inmenso poder de observación, aunque de momento se me escapa cuál.

6. ¿Qué sentido tiene que una sola persona ejerza el papel de médico anónimo y casual en los accidentes urbanos de Barcelona? Otro ejemplo: ¿qué sentido tiene que yo encontrara, en tres libros leídos consecutivamente, de autores y temáticas absolutamente diversos, referencias a una guía de trenes llamada Bradshaw que se edita en Inglaterra, y de la que jamás antes había oído hablar? ¿Coincidencias? Por supuesto que no, si de algo estoy seguro es de que coincidencias no son. Para alguien, o para algo, era imprescindible que yo leyera en tres libros consecutivos esas referencias sobre la *Guía de Trenes Bradshaw*. ¿Esas citas sobre la Bradshaw estaban ahí para provocar en mí una respuesta? Creo que sí, pero no sé cuál. ¿Para qué ese alguien o algo se tomó la molestia de obligar a los autores de esos libros a incluir un detalle sobre la *Guía de Trenes Bradshaw*, y luego, años después, me obligó a mí a comprar esos libros y a leerlos consecutivamente? ¿Ese alguien o algo estaba seguro de que yo me daría cuenta de esa repetición? En realidad, lo normal hubiera sido que, al leer por segunda o tercera vez el nombre de Bradshaw, sintiera un cierto *déjà vu*, pero nada más.

Solo mis inmensos poderes de observación —que algunos confunden con la memoria— me permitieron darme cuenta de que había algo raro en tanto Bradshaw. La necesidad o el objetivo de que yo leyera todo eso, eso es lo que se me escapa.

7. Historias como estas podría contar a docenas. Y ustedes también si abrieran los ojos, coño, que van atontados por la vida. Si se dan un paseo por el Google y teclean, por ejemplo, «Coincidencias asombrosas», podrán encontrar un filón de ellas. Con todo, estoy seguro de que la mayoría, aunque ciertamente bellas, son falsas. Falsas o no, de esas coincidencias asombrosas hay dos que me encantan. Una de ellas parece una de esas leyendas urbanas:

Dos barrenderos municipales del distrito de Brooklyn en Nueva York atropellaron, el mismo día y a la misma hora, a dos personas en dos calles paralelas, una de las cuales murió y la otra resultó gravemente herida. Lo curioso del asunto es que los dos accidentados se llamaban Stein, y no se conocían en absoluto.

La segunda sea quizá la más famosa en la historia de las coincidencias asombrosas, y habla de los puntos de conexión entre los presidentes Lincoln y Kennedy. A saber:

- Abraham Lincoln fue elegido para el Congreso en 1846.
- John F. Kennedy fue elegido para el Congreso en 1946.
- Abraham Lincoln fue elegido presidente en 1860.
- John F. Kennedy fue elegido presidente en 1960.
- Lincoln derrotó en las elecciones a Stephen Douglas, nacido en 1813.
- Kennedy derrotó en las elecciones a Richard Nixon, nacido en 1913.
- Lincoln tenía dos hijos llamados Robert y Edward; Kennedy tenía dos hermanos llamados Robert y Edward.
- Ambos perdieron una hermana mientras eran presidentes.

- Ambos perdieron un hijo mientras eran presidentes.
- Ambos fueron asesinados un viernes.
- Lincoln fue asesinado en el Teatro Ford en presencia de su mujer.
- Kennedy fue asesinado en un Ford Lincoln en presencia de su mujer.
- A ambos les dispararon en la cabeza.
- Una de las secretarias de Lincoln, de apellido Kennedy, aconsejó al presidente que no fuera al teatro donde fue asesinado.
- Una de las secretarias de Kennedy, de apellido Lincoln, aconsejó al presidente que no fuera a Dallas, donde fue asesinado.
- Ambos fueron asesinados por una persona nacida en el sur.
- Ambos fueron relevados en la presidencia por una persona nacida en el sur.
- Sus sucesores se apellidaban Johnson.
- Andrew Johnson, que sucedió a Lincoln, nació en 1808.
- Lyndon Johnson, que sucedió a Kennedy, nació en 1908.
- John Wilkes Booth, asesino de Lincoln, nació en 1839.
- Lee Harvey Oswald, asesino de Kennedy, nació en 1939.
- Booth huyó del teatro y fue atrapado en un almacén.
- Oswald huyó de un almacén y fue atrapado en un teatro.
- Ambos fueron detenidos por un oficial llamado Baker.
- Tanto Booth como Oswald murieron violentamente antes del juicio.
- Tras el asesinato, la familia Lincoln se mudó al 3014 de N Street, en Georgetown; la de Kennedy, al 3017 de N Street, en Georgetown.

8. Hay más coincidencias, claro, porque hay gente que se dedica a buscar detalles en libros y hemerotecas; por ejemplo, que ambos presidentes conocieron a un doctor con el mismo nombre, o cosas

así, pero eso ya es difícilmente comprobable. Y no hablemos de la estupidez de la numerología. «Kennedy» tiene las mismas letras que «Lincoln», etcétera; una estupidez que llegó al clímax con los atentados del 11S, cuando una multitud de cretinos perdieron horas contando las letras de «Osama Bin Laden», «New York City», etcétera, olvidando un detalle primordial: ¿por qué ese alguien o algo que rige el patrón de esas coincidencias iba a hablar inglés, y no árabe, o catalán?

9. ¿Por qué he empezado este documento recordando mi valentía en el piso 19 del hospital, luego de mi cobardía de madurez, después he hablado de la manipulación que hacemos de nuestros recuerdos, y he acabado refiriéndome a Lincoln y Kennedy? Pues porque de niño era un ignorante y por tanto era un valiente. Y porque si ahora soy un cobarde es porque sé que alguien o algo rige nuestras vidas.

10. Por motivos que no vienen al caso, estoy obligado a tomar muchos taxis. El otro día, nada más subir a uno y dar la dirección, noté que el taxista me observaba por el retrovisor.

—Es la tercera vez que sube usted a mi taxi —dijo al fin.

—Caray, qué observador es usted —dije yo.

—Pues sí, lo soy. ¿Qué coincidencia, verdad?

«¿Coincidencia?», pensé yo, poniéndome alerta.

—Ocurre a veces —dijo él—. No sabe usted la de cosas raras que ocurren.

«Sí lo sé», pensé, definitivamente alerta, tanto por el camino que tomaba la conversación como por la voz cavernosa del taxista, diría que *poco humana*.

—¿Qué cosas? —dije, por decir algo.

—Cosas —dijo él.

Habló unos minutos. Me contó historias como la de aquel perro que tuvo su cuñado que murió una tarde —el perro—, y al que por la noche oyeron ladrar en su caseta vacía; me habló también de un compañero suyo que llevaba a un pasajero al tanatorio de Collserola y que, cuando llegaron, había desaparecido; me dijo que, si me fijaba, me daría cuenta de que jamás llueve el 22 de octubre, que eso se lo había dicho una bruja de su pueblo cuando era niño, que él llevaba cuarenta y siete años fijándose y que era verdad, que jamás llueve el 22 de octubre.

Al llegar a mi destino, me observó unos segundos y dijo con su voz de ultratumba:

—A mí lo que me interesa de verdad es el tema de las psicofonías. Aquí en el taxi llevo unos casetes grabados. La próxima vez se las dejaré oír.

Sentí escalofríos, no por las psicofonías, que me encantan, sino por lo que acababa de decir: «La próxima vez se las dejaré oír». Ese taxista no tenía ninguna duda de que nos encontraríamos por cuarta vez. ¿Coincidencias? Ja.

11. Vaya, lo que quería decir es que tomar tres veces precisamente ese taxi no fue casual. Quizá fuera el taxista quien me buscaba a mí, y no yo a él. ¿Pretenden descubrir lo poco que sé? ¿O quizá quieren instruirme?

12. ¿Por qué acabo de decir: «Pretenden descubrir lo poco que sé»? ¿«Pretenden»? ¿Son más de uno? No tengo ni la más mínima idea, ni siquiera sé si es alguien o algo.

13. A Cunillera y a Salamanca, que son mis socios, les he contado infinidad de veces mis teorías, pero no suelen hacerme caso. Viven

en un mundo cuadriculado y no son muy observadores. Los tres regentamos una agencia de publicidad. La verdad es que no solemos tener mucho trabajo, pues lo dejamos en manos de empleados a los que pagamos muy mal, así que malgastamos buena parte del horario laboral tomando el sol en un enorme balcón acristalado que da a la Gran Vía. Allí pasamos muchas horas viendo circular los coches y a la gente. Desde allí, por ejemplo, me di cuenta de que cuando hay un accidente de tráfico —y en Gran Vía-Muntaner hay muchos—, el médico que llega corriendo a socorrer a las víctimas es siempre el mismo. Se lo conté a Salamanca y Cunillera. Este no dijo nada, pero Salamanca, que es muy descreído, me miró y dijo:

—Coño, este hombre debe de tener la consulta aquí mismo y por eso siempre le ves a él.

Claro, eso sería una explicación, pero es que al médico también lo he visto llegar corriendo en accidentes sucedidos en otros puntos de la ciudad. Pero Salamanca no quiere creer y estoy seguro de que cuando presencia un accidente lejos de la oficina se larga antes de que llegue mi médico para no tener que darme la razón.

14. Llegó el 22 de octubre. Me fijé y, como me había asegurado el taxista de las psicofonías, no llovió. El 23 sí, y a cántaros.

15. Salamanca no quiere creer que existan «cosas raras». Cunillera es más receptivo, quizá porque es más simplón. Un día, mientras yo observaba el tránsito de Gran Vía-Muntaner desde el balcón y mis compañeros holgazaneaban leyendo la prensa deportiva, vi pasar, bajando por Muntaner, a un negro en una vespa.

—Coño, un negro en una vespa —exclamé.

Ninguno de los dos dijo nada, pero Cunillera me miró desconcertado. Yo mismo me sorprendí por mi comentario, que fue totalmente inconsciente. Solo después de varios segundos de reflexión

me di cuenta de por qué me había sorprendido tanto ver a un negro en una vespa: he visto a muchos negros, he visto miles de vespas, he visto a decenas de negros en vespinos. Pero era la primera vez que veía a un negro en una vespa, y aunque el hecho en sí no tiene la más mínima importancia, demuestra que mis dotes de observación están tan bien entrenadas que, entre miles de situaciones cotidianas, saben distinguir lo que es raro o insólito dentro de su propia banalidad.

—Un negro en una vespa —dijo al final Salamanca con cierta ironía.

—Sí —dije yo—. ¿Habías visto alguno?

—Ahora que lo dices, yo no —admitió Cunillera.

Salamanca chasqueó la lengua y siguió leyendo la prensa.

16. Bueno, todo lo que les estoy contando acerca de cosas raras y de mis sospechas no es para nada original. Hay mucha bibliografía sobre las coincidencias asombrosas, sobre la serialidad de las coincidencias, por ejemplo. O sobre mundos ocultos (¿mundos?) que rigen al nuestro. Ernesto Sabato, por ejemplo, escribió el *Informe sobre ciegos*, en el que, más o menos —hace muchos años que lo leí y solo lo recuerdo vagamente—, atribuye a los ciegos un poder oculto sobre nuestras vidas. Metafóricamente, para Sabato los ciegos son el Mal. Yo no estoy seguro de que ese mundo oculto que he intuido gracias a mis inmensos poderes de observación sea el Mal. De hecho, a mí aún no me ha hecho nada. No, qué va a ser el Mal. Si hasta envían siempre a un médico anónimo para atender a las víctimas de los accidentes de tráfico de Barcelona, ¿no?

17. Ahora me he acordado de una anécdota que relaciona a los taxistas y a los ciegos. Es solo una anécdota, eh, no extraigan conclusiones. Una vez, viajando en taxi —no en el de las psicofonías—, vi

a un ciego en una esquina de l'Eixample, mostrando unos de esos cartelitos que algunos llevan para buscar un taxi y en el que llevan escrito, qué si no, la palabra TAXI. Mi taxista lanzó un soplido y dijo:

—Pobre hombre.

—Sí, qué triste ser invidente —dije yo.

—Bueno sí, pero no me refería a eso —repuso el taxista.

—¿No?

—No. Me refería a que tenga que buscar un taxi siendo ciego —dijo él.

—No entiendo.

—Pues que muchos de mis compañeros no se detendrán aunque lo vean —explicó él—. Muchos taxistas no se pararán.

—¿Por qué? —pregunté.

—Pues porque los ciegos traen muchos problemas —dijo el taxista—. La mayoría de ciegos son muy desconfiados y creen que el taxista los está engañando llevándolos por el camino más largo. Y acabas discutiendo con ellos.

—Comprendo. ¿Y usted se detiene si ve a un ciego pidiendo un taxi?

—Yo siempre. Tienen una conversación muy agradable.

18. Gracias a Géricault llegó a mis manos la prueba de que existen seres inmortales. Théodore Géricault (1791-1824) fue un pintor francés adscrito al Romanticismo. Eso lo sé porque lo he leído en una enciclopedia. De su vida destacaría que murió muy joven, a los treinta y tres años, y que en 1816 huyó a Italia porque había dejado embarazada a una tía suya. Eso me hizo mucha gracia. Pero en realidad mi interés por la vida de Géricault nació cuando, por casualidad (¿casualidad?, ¿coincidencia?) cayó en mis manos una reproducción en color de uno de sus cuadros, *La vieja loca*, que se exhibe en el Museo de Bellas Artes de Lyon. Observé sin mucho interés el cuadro, hasta que me di cuenta de que en realidad me